

MERCEDES GARCÍA-ARENAL  
Y FERNANDO RODRÍGUEZ MEDIANO

# **UN ORIENTE ESPAÑOL**

**Los moriscos y el Sacromonte  
en tiempos de Contrarreforma**

Marcial Pons Historia  
2010

## INTRODUCCIÓN

A finales del siglo XVI aparecieron en Granada, de manera milagrosa y providencial, unas pequeñas planchas de plomo circulares, grabadas en un árabe extraño, arcaico, semejante al usado en las inscripciones epigráficas y en los talismanes y escritos mágicos. Contendrían unos supuestos textos cristianos antiguos en los que la Virgen María desempeñaba un papel protagonista como vehículo de la revelación y hablaban de unos discípulos árabes que habían venido a la Península acompañando a Santiago. Estos textos grabados en plomo complementaban y explicaban un hallazgo realizado unos años antes durante la demolición del antiguo alminar de la mezquita mayor de Granada, la llamada Torre Turpiana: un pergamino escrito en árabe, latín y castellano conteniendo una profecía atribuida a San Juan y metido en una caja de plomo junto con un pañuelo que supuestamente perteneció a la Virgen y una reliquia de San Esteban. Hemos dicho que aparecieron de manera milagrosa y providencial porque Granada necesitaba reliquias y necesitaba de un pasado sagrado, cristiano, del que carecía una ciudad tan manifiestamente conformada por su pasado islámico. Su hallazgo fue inmediatamente acompañado de curaciones milagrosas, de fuegos fatuos y de otros prodigios semejantes. Causaron un gran fervor popular.

Los Plomos servían de evidencia de la venida de Santiago a España y de la creencia, que todavía no había sido declarada dogma de fe, en la Inmaculada Concepción de María: el arzobispo de Granada los interpretó como una señal del favor divino sobre la ciudad, su catedral y sobre la Monarquía hispánica. El asunto vino a conocerse como el de los Libros de Plomo del Sacromonte, o como las Lá-

minas Granatenses cuando fue estudiado por el Vaticano, que las declaró falsas y las anatemizó en 1682, un siglo después de su aparición. Defendidos acérrimamente por la Iglesia de Granada en la figura de su arzobispo, Pedro de Castro, y por la Corona española, el asunto de los Plomos produjo un enorme debate, además de una larga y diversa tarea de traducción y estudio filológico. Trascendió con mucho, como muestra este libro, los límites de la historia local de Granada o del problema morisco en la región. Puso en jaque a la Iglesia y a la Corona española, al Vaticano, al poder episcopal frente a Roma, a los eruditos y humanistas de media Europa.

El texto de los Plomos es críptico, oscuro, voluntariamente ambiguo en ocasiones, escrito sin vocales. Un texto «secreto», como fue la mayor parte de los producidos por moriscos. Se ha interpretado como un texto sincrético, o como un texto que intentaba infiltrar el islam en el cristianismo. Pero por muchos, incluidos eclesiásticos y teólogos de peso, y durante mucho tiempo, fue considerado como auténtico, es decir, como parte de la revelación, como un mensaje cristiano y antiguo que no contenía nada que fuera en contra de la fe católica. Y es que los Libros de Plomo fueron quizá, como ha dicho Hagerty, hechos para ser traducidos más que para ser leídos. Eso implica que sus traductores se convertían a la vez en autores y el debate se basaba en gran parte, claro, en las diversas traducciones que se produjeron y en cómo éstas solventaron los pasajes más ambiguos. El conocimiento de la lengua árabe es, por lo tanto, en este asunto, un ingrediente fundamental. ¿Pero quién sabía árabe y qué árabe se sabía?

Ésta es una de las cuestiones fundamentales consideradas en este libro que tiene en los Libros de Plomo su núcleo axial. Nos proponemos mostrar cómo el asunto de los Plomos del Sacromonte de Granada transformó el conocimiento y el uso del árabe en España al tiempo que provocó un giro historiográfico notable en la consideración del pasado islámico y pre-islámico de la Península. Para eso vamos a analizar la relación entre la gestión de las minorías en la España Moderna y el surgimiento de un uso erudito y letrado de las lenguas orientales, a partir del caso concreto del conocimiento de la lengua árabe en España. Se trata, el de los Plomos, lo repetimos, de un texto escrito en árabe y cuyo contenido fue pensado por muchos como un mensaje auténticamente cristiano y por otros como sincrético y lleno de huellas islámicas o islamizantes. Muchos moriscos consideraron que se trataba de un texto impecable y claramente islámico. Por esta

razón, nos ha resultado imprescindible dedicar los primeros capítulos a la situación anterior a los hallazgos: es decir, a saber qué pasaba con la lengua árabe en Granada y en el contexto de sus árabo-parlantes, los moriscos.

Hemos comenzado por seguir ese hilo en el período anterior a los años ochenta del siglo XVI y por mostrar al tiempo en qué medida el contexto morisco puede explicar las falsificaciones tanto desde un punto de vista formal como de contenido, y también los objetivos perseguidos por los falsarios. Es del medio morisco de donde debieron salir los autores materiales de la falsificación. De hecho, Alonso del Castillo y Miguel de Luna, ambos moriscos, médicos e intérpretes reales, han sido repetidamente señalados como supuestos autores. Y, sin embargo, no es tanto la autoría material, la «culpabilidad» concreta e individual, lo que nos interesa dilucidar, sino más bien comprender el horizonte cultural e incluso emocional de los posibles autores, por un lado, y de los receptores de los hallazgos, por otro.

Intentaremos identificar algunos de los valores centrales de diversos grupos de moriscos y examinar la manera en que estos valores eran aceptados o reformulados en respuesta a los procesos sociales y culturales de su tiempo. Así, por ejemplo, el proceso por el cual la lengua árabe se va haciendo depositaria de una identidad intrínseca, desgajada incluso de la religión. Hemos intentado pensar qué significado habían de adquirir los acontecimientos que tuvieron lugar en la Granada del siglo XVI para los individuos que participaron en ellos. Nos gustaría saber cómo harían estas gentes sus elecciones y cómo las justificaban ante sí mismos y ante los otros, porque eso nos daría indicios de cuál era su sentimiento de identidad, de respeto propio, su estrategia de supervivencia, aquello, en última instancia, que daba sentido a su vida. Es algo que está intrínsecamente unido a la finalidad de los Plomos, al «para qué» fueron fraguados.

Por otra parte, y si son moriscos los autores, es evidente que su capacidad de crear un texto tenía que estar constreñida por los recursos lingüísticos y conceptuales de que dispusieran. Debían estar condicionados por el árabe que sabían, por los textos árabes cristianos existentes en el entorno (ya que el de los Plomos fue leído por muchos como un texto cristiano), por los instrumentos, tales como diccionarios o vocabularios, que tuvieran a su alcance. De qué se componía su cultura árabe y su cultura islámica, pero también su cultura cristiana, a qué libros tenían acceso y qué podían haber leído es uno de los principales puntos de interés de la primera parte de este libro

y es fundamental para calibrar y entender el texto de los Plomos. La primera parte del libro, pues, interroga los textos del Sacromonte en razón de la cultura híbrida, cristiana y musulmana, de los grupos moriscos entre los que se pudieron mover sus autores materiales, sus patrocinadores o al menos aquellos a los que beneficiaban los hallazgos, al tiempo que situamos esta interpelación a los textos y a la cultura libresca en consonancia con los acontecimientos que vivieron sus actores, comenzando por la conversión y la evangelización, continuando por toda la serie de medidas que fue cercenando la posibilidad de la preservación de rasgos culturales árabes con independencia de la religión. Con el problema de la honra y los privilegios a que se sentían con derecho los linajes entroncados con la antigua aristocracia nazarí. Por último, y muy especialmente, con la guerra de las Alpujarras.

Nos interesa claro, también, la recepción, o al menos detectar algunos factores que expliquen el éxito tan asombroso y prolongado de la falsificación sacromontana. Y para ello hemos puesto en relación los fraudes granadinos con los llamados «falsos cronicones» a través de la conexión personal de Miguel de Luna y del jesuita fabricante de éstos, el toledano Jerónimo Román de la Higuera, para mostrarlos a ambos integrados en un movimiento de invención y reescritura de la historia que afectaba no sólo a España. Al mismo tiempo, como fraude que intentaba explotar las trazas de la historia sagrada granadina, el de los Plomos no puede ser entendido sin ponerlo en relación con un conjunto de hallazgos similares que estaban teniendo lugar en ese mismo momento: restos de santos o de iglesias, huesos de mártires y ruinas de edificios que aparecían en multitud de pueblos y ciudades y que planteaban la vinculación de España con la historia sagrada, una historia que se remontaba al Oriente bíblico, pero también al Oriente babilónico y egipcio depositarios de la sabiduría y del prestigio del que se quería despojar al mundo griego y romano. Gracias a las falsificaciones de Luna y de Román de la Higuera, sus respectivas ciudades podían henchirse de orgullo patrio y definir una identidad, antigua y sagrada, para sí mismas (traducible en privilegios) que permitiera al tiempo englobar a aquellos sectores de la población española que quedaban al margen de honra y gloria por virtud de la existencia de los estatutos de limpieza de sangre y por toda una serie de decretos civiles y religiosos, al crear unos árabes separados del islam, unos judíos limpios de responsabilidad en la muerte de Cristo, ambos pobladores originarios de la Península...